

Democratizar la democracia

Cuál es la valoración social de nuestro sistema a 20 años de su recuperación

CRISTINA ESPINOZA

"La democracia puede tener problemas, pero es el mejor sistema de gobierno". Esa frase inspirada en palabras de Winston Churchill, resume a la perfección qué piensan los chilenos de la democracia 20 años después de decidir en las urnas, a través de un plebiscito, el fin de la dictadura militar y el derecho a elegir a su jefe de Estado después de haber sufrido 17 años de represión y carencia de libertades individuales y políticas.

En ese entonces la democracia era el sueño de la mayoría. Hoy ya no concita el apoyo de antes. Hay una visión más crítica y una desafección hacia el sistema y sus estructuras por la falta de expectativas cumplidas. Sin embargo, tras eso sólo parece haber una población que sólo quiere y exige más de su democracia.

Los sondeos que han tratado el tema (Latinobarómetro, CEP, Lapop) dan cuenta que, si bien entre un 45% y un 60% de los chilenos asegura que la democracia es preferible a cualquier forma de gobierno, casi un tercio está insatisfecho con su funcionamiento.

"Es sorprendente el número de personas que dice que le da lo mismo el sistema político. Hay una baja valoración de la democracia como forma de vida. Una desafección de los ciudadanos hacia ella, que se muestra en las encuestas cuando se les pregunta cuáles son las instituciones que más valoran y en el último lugar aparecen los partidos políticos, que deberían ser las organizaciones que representan a los ciudadanos", asegura José Jara, director de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso-Chile).

El cientista político Juan Pablo Luna, responsable de la parte chilena de la encuesta LAPOP, asegura que según este sondeo, efectivamente se produce una baja significativa en el apoyo a la democracia, que va más

El sueño democrático de hace 20 años, cuando más de 7 millones de chilenos fueron a las urnas para votar por el fin de la dictadura militar o su continuidad, sigue siendo un regalo a medio envolver. Una transición lenta, incompleta, con concesiones y enclaves autoritarios, ha formado una valoración crítica del sistema. Una queja que no busca invalidarla, sino perfeccionarla. Y es que la democracia hace rato que dejó ser sólo el mero ejercicio de ir a las urnas.

allá de los márgenes de error. "Se observa una pérdida en la legitimidad de la democracia y en el apoyo a ésta. La explicación tiene que ver, básicamente, con variables de humor político. Hay cierto descontento y eso se refleja en menor apoyo hacia la democracia, pero en esta coyuntura particular, no creo que sea un cambio estructural", explica.

Según el académico de la Universidad Católica, Chile siempre sale relativamente mal parado frente a la pregunta sobre el apoyo al sistema de gobierno, debido al sesgo que involucra. "La evaluación que un sector de la ciudadanía todavía tiene sobre el régimen militar, los lleva a considerar que, ante ciertas circunstancias, un régimen autoritario es mejor", explica Luna. Sin embargo, en el mismo sondeo, los entrevistados aseguran que no tolerarían un nuevo golpe de Estado.

"Preguntarle a la gente si en determinados momentos, en una situación económica complicada, podrían optar por soluciones que no fueran democráticas, yo creo que es falso, que es presionar", critica el sociólogo y politólogo Manuel Antonio Garretón, Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales 2007. "Creo que la adhesión a la democracia en Chile está intacta y no hay ningún indicador que pruebe lo contrario. Otra cosa es la valoración de la política y respecto a eso, hay un problema más de fondo. La política en el mundo de hoy -en todas partes-, por un lado, resuelve menos problemas que los que resolvió en otra época y, por otro, la gente encuentra soluciones a sus problemas en otros ámbitos, como el mercado", enfatiza el sociólogo.

Según los expertos, la política cada vez se hace más lejana y desconectada de las demandas sociales. Estamos frente a una "potencial crisis de representación, pues los partidos no han logrado adaptarse a una sociedad que cambió y ya no sigue los parámetros de la transición", sugiere Luna. De seguir así, continuará aumentando la distancia entre ciudadanía y quienes deberían representarla.

"En otra época se unía la política con las subjetividades, con la vida personal. Hoy se le pide que resuelva problemas puntuales, cosas que la política hoy día, dado que el Estado tiene menos funciones, no puede cumplir, entonces se produce cierta frustración", afirma Garretón. Los medios de comunicación y los problemas arrastrados desde la dictadura y que todavía no encuentran solución, son también parte de los factores que distancian a los ciudadanos de su sistema de gobierno.

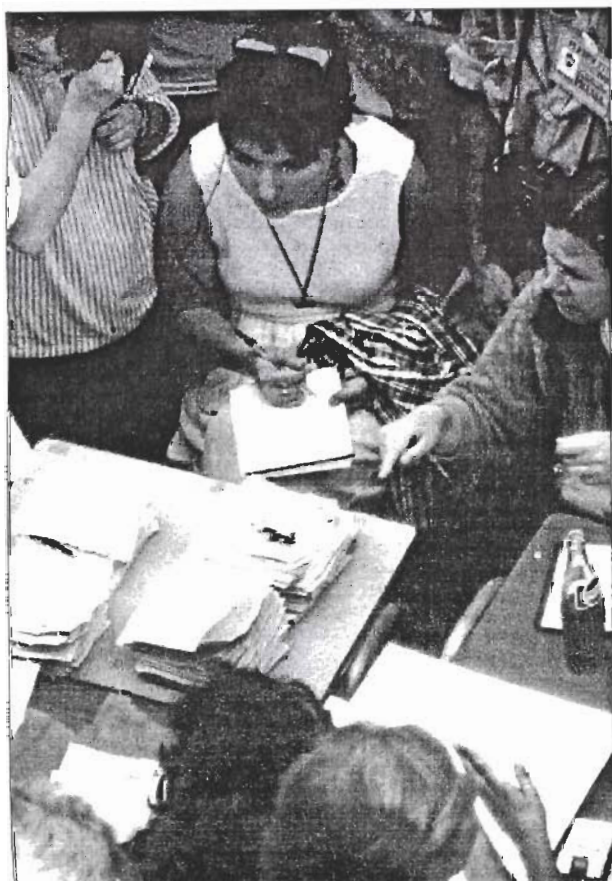
DE LA ALEGRÍA Y OTRAS COSAS

Los avances sociales en Chile siempre estuvieron ligados a la democracia: reforma agraria, nacionalización del cobre, a diferencia de otras naciones latinoamericanas donde ha sido el populismo el régimen que ha satisfecho esas demandas sociales. "Está en la tradición democrática el realizar cambios, lo que se rompe con el golpe (de Estado). Y la democracia reconstruida con la transición, con la que se realizan acuerdos que permitieron mantener la Constitución y los enclaves autoritarios -que no terminan de eliminarse-, pierde capacidad de procesamiento de las demandas de la sociedad", señala el sociólogo Gonzalo de la Maza, director de la Corporación Innovación y Ciudadanía.

Los expertos concuerdan en que la transición implicó demasiadas concesiones que no permitieron cumplir con las expectativas ciudadanas, que iban más allá del cambio de sistema de gobierno. "El eslogan 'La alegría ya viene', de algún modo daba cuenta no sólo que se reemplazaba o terminaba un régimen brutal y criminal como el que existía, sino que también se resolvían cuestiones que tenían que ver con la subjetividad, con la vida de la gente. Por eso se usa 'La alegría ya viene', y no se dice 'La democracia ya viene'. En el imaginario de aquella época, el término de la dictadura estaba asociado a muchas otras cosas", explica Garretón, quien participó del comando técnico del No.

Las expectativas incluían el castigo a las violaciones a derechos humanos, la mejora económica y el fin de las desigualdades. "Con la transición se tuvo que pactar muchas cosas, para poder transitar hacia la democracia en un contexto de estabilidad, paz social y con crecimiento económico. Justicia en la medida de lo posible, reformas constitucionales -muchas de las que tuvieron que postergarse-, impunidad en muchos casos, el no conocimiento de la verdad. Muchas de estas cuestiones también fueron deslegitimando a la propia democracia", señala José Jara.

Felipe Portales, sociólogo autor de "El mito de la democracia en Chile", asegura que la ciudadanía no estaba consciente del futuro que traería el nuevo régimen. "Por democracia todo el mundo entendía que la Constitución y las leyes son obra de la mayoría del



DEMOCRACIA VERSUS POLÍTICA.- Según Manuel Antonio Garretón, "la adhesión a la democracia está intacta" por lo que el problema de

pueblo, y eso actualmente no pasa en Chile, luego de 18 años de transición", señala.

Garretón concuerda en que la democracia está incompleta, que en realidad estamos en una época "post pinocheísta", pero que por lo menos el régimen es formalmente democrático. "Que esto ha sido una democracia plena es un problema mucho más complicado, porque por un lado la institucionalidad de la dictadura, que se expresa fundamentalmente en la Constitución, penetra toda la vida social y colectiva", sostiene Garretón.

"Hubo un abandono de la voluntad política. Todo lo que se combatió durante la dictadura, en materia económico, social y cultural, se empezó a valorar positivamente, porque los cambios que ha habido en esas materias han sido mínimos", critica Portales. Aún más, califica el actual sistema como una "virtual dictadura". "Podemos decir que el régimen de la Concertación es una dictadura perfecta, porque no parece dictadura, hay elecciones, hay formalmente prensa libre, libertad de reunión, están formalmente las características de la democracia, pero no hay ninguna sustancialidad de ello", afirma.

EL DÉFICIT SOCIAL

Los expertos concuerdan en que la democratización en Chile ha sido lenta. A pesar de que ha habido algunos cambios positivos como la eliminación de senadores vitalicios y designados, la subordinación de las Fuerzas Armadas al poder político y la rebaja en el periodo presidencial, persisten carencias orientadas a la representatividad, inclusión y transparencia.

"Hay falencias institucionales que tiene esta democracia. Falta representación real de las fuerzas políticas en el país, poca participación, pocos canales de expresión, no existen iniciativas populares de ley. Hay pocas instancias de participación local", señala Carolina Aguilera, socióloga e investigadora de Flacso.

El sistema binominal continúa sobre-representando a los sectores políticos tradicionales y excluyendo a otros que, aunque tienen apoyo de un segmento de los votantes, quedan fuera de la toma de decisiones. "Hoy los requerimientos son que la democracia sea inclusiva, pero al contrario, muestra una baja capacidad de hacerlo, no muestra superar los problemas de exclusión política, ni atraer a los jóvenes", señala De la Maza. De hecho, el padrón electoral casi no ha cambiado desde la transición (ver datos) y sólo un 7% de los inscritos para las próximas elecciones son menores de 30 años.

El estudio de LAPOP expone que los jóvenes que hoy no votan son más liberales en términos de concepciones valóricas, interesados en discutir temas como el aborto, la legalización de las drogas y el matrimonio homosexual, lo que ninguna de las

coaliciones es capaz de representar. "Para cualquiera de las dos coaliciones es muy difícil representar a los jóvenes porque les resulta incómodo en términos de política coalicional", asegura Luna.

"En general se puede decir que la democracia tiene el déficit de inclusión. Este entrega a los chilenos instrumentos para protestar por los derechos que todavía no han adquirido. Es el déficit de los derechos no adquiridos por la mayoría de la población lo que está en cuestión", explica Marta Lagos, directora de Latinobarómetro. Superar el déficit, según la economista, requiere cambios en la cultura de los ciudadanos y en la estructura de la sociedad, para transformar a Chile en una sociedad abierta y tolerante hacia la diversidad, pluralidad y hacia los extranjeros.

Estamos frente a una tendencia mundial hacia el individualismo, gatillado en parte por el modelo de desarrollo extendido por el mundo. "Las reformas neoliberales calaron profundo en Chile y la sociedad es mucho más individualista también", asegura Jara. "Las cosas dependen más de ti que del colectivo. Si yo tengo que asegurar mi trabajo, mi salud, mi educación, es una sociedad donde la vida funciona individualmente y el colectivo te provee poco", enfatiza Aguilera.

La gente participa de organizaciones donde sabe qué es lo que va obtener, hay organizaciones de todo tipo, pero ya no tienen la contraparte política, que es la que les confiere poder. "Cumplen con poner temas en la agenda política, pero se desvanecen pronto, por carencias de liderazgo", sostiene Jara.

DEMOCRACIA AL BICENTENARIO

"Estamos en presencia de una democracia incompleta que tiene el problema que en la medida que no se quiere completarla, en la medida que la clase política no dé el salto, todos los otros aspectos van a quedar siempre a medias, siempre se van a resolver con acuerdos que no expresan consensos profundos", señala Garretón. Para el sociólogo es necesario crear una nueva Constitución -"la Constitución del bicentenario"-, que evidencie el proyecto que se quiere para el país.

"Hay 2 millones de jóvenes fuera del sistema electoral. También los chilenos en el extranjero, que no participan por un tema de cálculo político no más. Están los temas de acción afirmativa, ley de cuotas para mujeres, jóvenes o personas de procedencia étnica o regional. Hay un conjunto de materias en inclusión que avanzar", sugiere Jara.

"Se podría incrementar el compromiso cotidiano con la democracia. Hay un creciente interés en participar, en hacer valer la opinión, pero hay más disponibilidad en las personas que canales para hacerlo valer. La gente, no es que no participe porque le dé lo mismo, es que la situación actual da para que no se confíe", enfatiza de la Maza. **NO**



ADAPTACIÓN. Muchos se fueron decepcionados, otros siguieron empujando las armas y pocos se quedaron en sus partidos, adaptándose a las nuevas reglas del juego, como el diputado Marcelo Díaz (PS).

Decepcionados

Secundarios del 88 ven esperanza en actuales pinguinos

Una buena parte de los pinguinos apostaba por derrotar la dictadura por la vía insurreccional para después llegar al socialismo. El sueño era de grandes alamedas e igualdad, pero con el triunfo del No, sus sueños de una sociedad mejor quedaron postergados. El entonces dirigente estudiantil José Sabat (DC) recuerda que había un sector para el que la salida del plebiscito no era la ideal. "Yo estaba convencido de que no iba a haber fraude, pero pensaba que íbamos a producir una ruptura civil de la dictadura y no fuimos capaces de hacerlo", se lamenta el hoy funcionario del Ministerio de Salud.

"En 1989 nos dijeron: usted ya luchó, ya peleó, ya ganamos la democracia, y por lo tanto se puede ir para la casa. Pero ese irse para la casa tiene un contenido de desazón y de estancamiento enorme, porque si yo luché en la calle, yo me la gané y la usé para hacer una murga, una olla común, un canturreo, un juego de pelotas, lo que sea... y usted me manda para la casa, me está diciendo que está privatizando mi espacio público. Nuestro sueño era otro", advierte Lautaro Pizarro, que tenía 16 años en ese entonces.

Muchos se fueron decepcionados, otros siguieron empujando las armas y pocos se quedaron en sus partidos, adaptándose a las nuevas reglas del juego, como el diputado Marcelo Díaz (PS). La Fes se empezó a decaer y cada vez menos pinguinos se aparecían en las protestas, la convocatoria no fue la misma después de los anuncios de alegría. "Antes del '88' había una unidad muy grande en el movimiento estudiantil, porque las diferencias eran dentro de un proyecto común y no diferencias irreconciliables. Había cariño, solidaridad, mucha amistad entre todos: DC, comunistas, mirachos, Lautaro, todos. Eso fue muy bonito, poníamos por delante la lucha, la causa común", recuerda Daniel Núñez, presidente de la Fes para el plebiscito.

Los años posteriores, hasta el 1992, muchos secundarios de fines de los '80 cayeron presos o murieron. Pablo Salamanca, Ariel Antonietti, José Miguel Martínez (el "Paito"), Reinaldo Labraña (el "Brujita"), Mauricio Gómez Lira (el "Pum Pum"), entre otros.

"La historia de nuestra generación es una gran derrota. El activo de la media somos una generación muy idealista y después no entendíamos nada. Cabros caídos, presos, otros alcohólicos. Éramos nuestros líderes", dice Rolando Aívarce.

Hoy, la mayoría se volvió de partidos políticos y, a través de sus trabajos, tratan de hacer algún aporte. La decepción los caló hondo, pero ven en los actuales pinguinos una luz de esperanza. "El movimiento estudiantil es muy parecido a lo que había en esa época. Son los primeros que desafían abiertamente al sistema. Es una de las grandes manifestaciones contra la institucionalidad, y no sólo por medidas reivindicativas. Eso nos da esperanzas. Veinte años después, la gente vuelve a mirarse a la cara y a pensar que pueden hacer cosas juntos", dice Marco Paulsen.



FUERA DE LA CASA. Los jóvenes se fueron decepcionados, otros siguieron empujando las armas y pocos se quedaron en sus partidos, adaptándose a las nuevas reglas del juego, como el diputado Marcelo Díaz (PS).